



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 48.

JUEVES 28 DE ENERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES: EL VIDRIO SOLUBLE, por Skroeder.—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—EL COMPROMISO DE CASPE. (Continuacion).—SERENATA MORISCA, por Augusto Jerez Perchet.—LA ROMERIA DE KEVLAAR, nocturno, por Enrique Heine.—ASALTO DE TARRAGONA.—EL CASTILLO DE MONJUICH EN BARCELONA, por Jaime Balmes.—LA FELICIDAD, por Adolfo Miralles de Imperial.—EL VESUBIO.—LA AQUIMENES MULTIFLORA.—A.... por Manuel Maria Guillen.

CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES.

EL VIDRIO SOLUBLE.

El vidrio comun es una combinacion de ácido silícico (pedernal) con potasa ó sosa y cal ú óxido de plomo; una sal doble, esto es, una combinacion de dos sales: de silicato de potasa ó sosa, y de silicato de cal ú óxido plúmbico. A la presencia de la potasa ó de la sosa debe el vidrio su transparencia; la de la cal ó del óxido de plomo le comunica otra propiedad, que ya por sí sola le haria precioso para la reposicion de líquidos y de otras sustancias; tal es su insolubilidad en el agua y en la mayor parte de los ácidos. El profesor Fuchs de Munich fue quien por primera vez observó que fundiendo una mezcla de ácido silícico, ó lo que es lo mismo, de arena de cuarzo con potasa ó sosa, pero sin adicion de cal, óxido de plomo, ni de otro cuerpo análogo, resultaba tambien un vidrio parecido al ordinario, pero del cual se distinguia esencialmente, por ser soluble en el agua hirviendo. Fuchs demostró además que la disolucion de aquel vidrio en el agua, dejaba por evaporacion de ésta, el mismo vidrio como residuo, y que aquella disolucion era de consiguiente muy propia para dar una capa de barniz á piedras, maderas y otros objetos. En atencion á su solubilidad en el agua, se designó esta nueva sustancia con el nombre de *vidrio de agua* ó de *vidrio soluble*.

La historia del vidrio soluble es idéntica á la de todo nuevo invento, sea en el terreno de la teoría, sea en el de la práctica, así en las artes como en la medicina. Al principio apenas se hizo el menor caso de este descubrimiento,

y solo se pudo conseguir que Kaulbach lo emplease en los grandiosos frescos que iba á pintar para el nuevo Museo de Berlin. Largo tiempo despues llamó Liebig la atencion general del público alemán sobre este producto, con la noticia de que en Francia se hacia una grande aplicacion del invento del químico alemán, usándolo como barniz sobre madera, piedra, hierro, etc., mientras que en el pais donde fuera descubierto existia tan solamente en los manuales y periódicos científicos. El remitido de Liebig, inserto en la edicion de la tarde de la nueva gaceta de Munich, fue reproducido íntegro ó en extracto por todos los periódicos de la confederacion, poniendo el vidrio soluble á la órden del día. Durante algun tiempo no se habló mas que de vidrio soluble. Se le creia bueno para todo, y se hicieron de él aplicaciones absurdas, ó que, si no lo eran del todo, en muchos casos, con tan poca maña, que no surtió efecto alguno; de modo que la generalidad se apartó descontenta de la nueva invencion. No es de temer sin embargo que vuelva á caer en un completo olvido; pues se irán reconociendo cada dia mas y mas los usos á que se adapta, y aun cuando no llegue nunca á ocupar un lugar de primer órden en la industria, cual se lo auguraron varios entusiastas, no dejará de figurar de un modo honroso entre los demás productos industriales.

Entremos ahora á considerar mas detenidamente sus propiedades, su obtencion y aplicaciones.

El vidrio soluble es un silicato de potasa ó de sosa, y por lo tanto un silicato alcalino; es una sal. Su disolucion acuosa es descompuesta por todos los ácidos fuertes, como son el ácido sulfúrico (aceite de vitriolo), el clorhídrico (espíritu de sal humeante), el acético (vinagre), etc., el ácido silícico se separa bajo la forma de una gelatina, al paso que el álcali se combina con el ácido mas enérgico que se empleó para efectuar la descomposicion. En estado sólido anhidro, esto es, privado de agua, como vidrio, por ejemplo, cuando cubre, al modo de barniz un

cuerpo cualquiera, no es atacado con tanta rapidez por los ácidos; mas despues de un largo contacto, sucumbe por fin á su accion, y se descompone de una manera análoga. En esta descomposicion se presentan, sin embargo, dos casos que importa mucho distinguir. Si el vidrio soluble se encuentra sobre algun objeto, formando capa ó barniz, y debe obrar como á tal, es completamente destruido por aquella descomposicion. La nueva sal que en este caso se produce es soluble en el agua, y el ácido silícico separado solo adhiere muy débilmente al cuerpo que barnizaba, formando sobre el mismo una capa blanca y pulverulenta; por el contrario, cuando se ha impregnado un madero con una disolucion de vidrio, y éste es descompuesto dentro de los poros del leño por el ácido tánico (tanino, principio curtiente), que en mayor ó menor cantidad existe en todas las maderas, depositase entonces la sílice resultante de la descomposicion dentro de los poros, si icatando, por decirlo así, el madero, y haciéndole con esto menos accesible á los efectos de la humedad y de la combustion.

Su obtencion ha sido hasta ahora bastante árdua. Con arreglo á las prescripciones de Fuchs, se fundia potasa ó sosa, ó bien una mezcla de ambas sustancias, con arena de cuarzo, agregando al todo una pequeña parte de carbon vegetal. El vidrio resultante se pulverizaba y disolvía luego en el agua por medio de una ebullicion sostenida. Pero además de la sílice insoluble en el agua, tal como se presenta cristalizada en forma de arena cuarzosa, conocia ya desde mucho tiempo la química una sílice amorfa, que, bajo el nombre de ópalo, se encuentra con harta escasez en el reino mineral, pero que es asimismo el componente del pedernal y de la calcedonia. Sujetando esta clase de sílice amorfa, que es exactamente igual á la que se separa en la descomposicion indicada del vidrio por medio de los ácidos, á una coccion prolongada con una legia de potasa ó sosa, se combina con estos álcalis, formando vidrio soluble. Liebig hizo observar que

esta sílice amorfa se presenta en grandes cantidades en forma de tierra infusórica. Es de saber que en varios lugares, notablemente en las cercanías de Ebstorf, en la estepa de Luneburgo, existen depósitos de hasta 100 pies de profundidad, y de muchas leguas de extensión, de una tierra fina de color blanco ó pardusco, formados casi en su totalidad de los restos de ciertos infusorios de concha sílicea; y esta tierra infusórica, que es amorfa, y se halla al mismo tiempo en un estado de división suma, es excelente, y á propósito cual ninguna para la disolución indicada. Basta pues preparar una legía de potasa ó sosa, y hacerla hervir con tierra infusórica para obtener una disolución de vidrio soluble. Liebig calculó, tomando en cuenta los gastos de transporte de la tierra infusórica de Ebstorf á Munich, así como la cantidad real de vidrio contenida en las disoluciones de vidrio soluble del comercio, que la que se preparase siguiendo el proceder de cocción de la tierra infusórica con una legía alcalina vendría á resultar seis veces mas barata que aquellas. El precio del vidrio soluble sería entonces tan bajo, que no opondría ningún obstáculo á su aplicación en cuantos casos pudiera convenir.

Como el vidrio de agua ó *wasserglass* se convierte, por evaporación del agua que le mantenía disuelto, en una masa vítrea, será sobre todo muy propio para dar una capa vidriosa á ciertos objetos, extendiéndolo sobre su superficie por medio de una brocha. Siendo, como es, el vidrio soluble una sal de base energética, la potasa ó la sosa, y de ácido débil, la sílice, se concibe que no podrá aplicarse indistintamente á toda clase de objetos; así que si se pone su disolución en contacto con la mayor parte de las sustancias colorantes ordinarias, son estas descompuestas por el álcali, y su color se altera. Por esta razón, al introducir Kaulbach esta sustancia en la pintura al fresco, debió buscar antes colores que fuesen compatibles con su empleo.

Tanto en el uso que del *wasserglass* se hace en la pintura monumental, como cuando se le emplea para dar un baño á las obras de mampostería, no solo presta á los objetos un barniz vítreo, sino que se impregnan estos de sílice hasta donde penetra la disolución, adquiriendo mayor solidez y resistencia contra la acción destructora de la intemperie. Si se da, por ejemplo, un baño de una solución diluida de vidrio de agua á una figura de yeso, se embebe aquella en la masa del yeso, de modo que, repitiendo varias veces la operación, no solo se obtiene un barniz, sino que se silicata la figura, como hemos indicado ya, hasta cierta profundidad, y puede colocarse luego como adorno en un jardín ó en otro paraje al raso, cual si fuera de mármol ó de tierra cocida. Cuando solo se desea barnizar el objeto, debe emplearse una disolución concentrada, pues penetrando ésta muy poco, deja sobre la superficie una ligera capa de vidrio.

Como hemos visto ya, se verifica en la madera, cuando se la impregna de *wasserglass*, una silicación análoga, por la cual adquiere gran resistencia contra la putrefacción y la acción atmosférica, como también contra los incendios.

No sorprenderá al lector, atendidas las cualidades del vidrio soluble, que se le emplee, ya por sí solo, ya mezclado con tierra, formando una papilla como cemento para pegar vidrio, madera, hierro y otros metales, y que hasta tenga usos en el taller del impresor. Pero lo que seguramente habrá de admirar, y hasta podrá parecer increíble á alguna lectora, es que el vidrio soluble pretenda desalojar al jabón del puesto que de tan antiguo ocupa en la economía doméstica; y sin embargo sus pretensiones están muy lejos de ser infundadas. La disolución contiene un silicato alcalino: sílice y un álcali. El álcali obra sobre el mugre de la ropa, disolviéndolo y descomponiéndolo, de una manera idéntica por lo tanto á la acción del álcali contenido en el jabón, en la sosa y en la potasa, y al propio tiempo la sílice que

se separa, y el vidrio, no descompuesto todavía, hacen el agua viscosa y propia para mantener el mugre en suspensión, de modo que puede separarse fácilmente de la ropa por medio de la loción. El vidrio soluble posee por consiguiente las dos propiedades á que debe el jabón su alta importancia, y de la última de las cuales carecen cabalmente la sosa y la potasa empleadas directamente. Otra ventaja y no pequeña, tiene además el vidrio sobre el jabón, y es que hasta con los precios actuales del vidrio soluble, resulta el lavado la mitad mas barato que empleando el jabón ordinario. No deja de ser muy singular que en esta aplicación del vidrio soluble, la sílice, ó lo que es lo mismo, la arena, sustituya y desempeñe el papel del aceite ó cuerpo graso indispensable para la preparación del jabón.

SKROEDER.

LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

Una puerta se abrió por fin, y todos se apartaron; las señoras, que formaban una galería de diamantes y de flores, detrás de la cual estaban de pie los hombres, se levantaron al punto y el conde se adelantó, ebrio de placer, de orgullo, de indecible felicidad, á ofrecer la mano á la marquesa de Vauvillers, que hacia su entrada con el esplendor de una reina.

Un murmullo de admiración se oyó en todo el salón, y en breve resonaron unánimes aplausos.

XIII.

UN ESCÁNDALO.

El caballero de Vandanne había llevado á cabo los proyectos de su amigo respecto de Enriqueta con mucha habilidad: hay que hacerle esta justicia. Es verdad que la pobre joven, llena de confianza y no sospechando siquiera la astucia de un hombre tan diestro en aventuras, se había prestado con gran facilidad al complot urdido contra ella.

La edad del caballero, el crédito de que gozaba con la señora de Vauvillers, las maneras benévolas y afectuosas que afectaba, todo le ayudaba á obtener buen éxito. Enriqueta no esperaba que la recibiera tan pronto la marquesa, pero el deseo que tenía no la dejó pensar en nada.

Se entregó con una inocencia que acaso excitó un instante en el caballero un sentimiento mejor que el que el conde le suponía, y el cual fingía aquel un tanto. La joven le iba inspirando un interés cada vez mas profundo. Pero ya estaba metido en la aventura, y no tenía mas que una palabra... con sus amigos y sus iguales; se trataba de evitar un compromiso al coronel, un gran contratiempo á la marquesa, y la impresión que acabamos de indicar, y que había pasado por su imaginación rápidamente, no tuvo la virtud de contenerlo.

Aseguró á Enriqueta que iban á llevarla á casa de su madrina, y que para no excitar inútilmente la curiosidad yendo en coche tan humildemente vestida, sería bueno que llevara el manto y el manguito de la marquesa. Por otro lado, hacia frío, y este disfraz momentáneo la resguardaría.

Esto fue dicho y propuesto de un modo tan natural, con tanta bondad, puso él mismo con tanta gracia el manto á la joven, y la proclamó tan francamente encantadora con aquel trage, que ésta, olvidando un momento su melancolía, no pudo menos de mirarse en un espejo, deshaciéndose en mil protestas de respeto y agradecimiento.

Si hemos de confesarlo, este último punto incomodaba un tanto al caballero, pues si quería inspirar algún sentimiento á su protegida, no era de seguro el de la veneración.

Por fin la envió al peligroso asilo donde tantas otras habían sucumbido, y cuando lo encontramos en los salones de la calle de Santo

Domingo, ya había la joven llegado hacia tiempo, acompañada de Dubois, que tenía encargo de instalarla y de aconsejarla que tuviera paciencia.

Mientras las señoras volvían á sentarse, entablando algunos coloquios, y mientras llegaban los convidados de importancia que se habían esperado, el caballero hizo una seña al dichoso conde, que fué á ponerse con él junto á una ventana.

—Todo va bien, le dijo el caballero al oído; la joven ha cumplido mis deseos con una deferencia ejemplar que me ha conmovido casi... Pero en verdad, busco en vano en medio de tantas hermosuras que nos rodean: con sus adornos, sus moscas y los diamantes que las iluminan, no hay una que se acerque á ella. ¡Diantre! ¡es un verdadero tesoro!

Y el caballero, como para alentarse en el papel de viejo enamorado, sacudió minuciosamente los granos de tabaco que pudiera haber en su chorrera.

—¡Muy bien, caballero! le dijo el coronel, á quien causaba esta confidencia cierto movimiento nervioso; sed feliz, os lo deseo de veras. Mas dispensadme, tengo que dejaros...

Ya se alejaba cuando le paró el caballero.

—Solo una palabra: decidme quién es uno que se llama Jorge Dupuis, sargento en vuestro regimiento...

El coronel, que parecía como atormentado por un hierro candente, siempre que una circunstancia le recordaba las personas ó las cosas que tenían relación con su estancia en Ivry, se acercó de pronto.

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—En el fondo me interesa esto muy poco. Dicen que ese mozo ha desertado, y no hallo inconveniente en que esté preso veinte y cuatro horas. Pero lo que no comprendo es cómo se ha encontrado en lugar de Vicente en el salón.

—¿Se ha escapado Vicente?

—Se ha escapado, se ha evaporado... no sé; lo que hay de positivo es que en lugar del hombre que habíais indicado, han reconocido en la cárcel á ese Jorge Dupuis, sargento de Real-Normandía. Es un escamoteo prodigioso, y voy ya creyendo que hay algún hechicero entre vuestros enemigos.

—¡Miserables! exclamó el conde reprimiendo su ira; pero acordándose del incendio del señor Quesnel, recobró su serenidad y dijo:

—Imitadme, caballero, no penseis mas en esas gentes.

Era evidente que el hermano de Enriqueta no tenía en su poder ningún documento, y que tan solo había querido asustarle. Aunque estuviera libre, ahora le desafiaba, y si se atrevía á presentarse, podría fácilmente hacerle arrestar ó encerrar en una casa de locos.

—¿Y dónde está ese sargento, ese desertor? preguntó el conde.

—Está bajo llave en la cárcel; ha preguntado por vos y dice que en una circunstancia importante le habeis prometido vuestra protección.

—Es verdad, prosiguió el conde como hablándose á sí mismo, pero es desertor y su vida está en mis manos; ¿quién sabe lo que harían por obtener su perdón?...

—¿Qué decidís, pues? dijo el caballero; ¿le enviamos un salvo-conduto?

—Eso no... mañana veremos.

Dando luego una vuelta sobre sus tacones encarnados con mucha gracia, y sonriéndose como si el señor de Vandanne y él hubieran tratado del asunto mas divertido, fué á murmurar algunas palabras al oído de la marquesa; se instaló despues en el sillón que le estaba destinado junto al señor Quesnel, y habiendo ya llegado todos los convidados, puso el notario sobre la mesa su tabaquera de oro, se sonó, tosió, y levantándose cogió con solemnidad un papel escrito lleno de rúbricas.

Las conversaciones cesaron al momento, y el notario procedió á la lectura de todos los artículos del pomposo contrato lleno de títulos y de millones; no dejó pasar ni un protocolo ni

una fecha, y poniendo por fin ceremoniosamente el papel sobre la mesa, presentó una pluma al conde para que firmara.

Este se había ya inclinado para cumplir con esta formalidad, cuando un rumor extraño le hizo levantar la cabeza. Era un ruido de voces, un tumulto en la pieza que precedía al salón; todos miraban sorprendidos como él hacía aquel lado, y acababa de preguntar la causa de aquel ruido, cuando una voz llena de ira y de amenaza le hizo estremecerse.

—¡Entraré! ¡Quiero entrar!...

Y al punto, un hombre, cuyo traje descompuesto indicaba la lucha que había sostenido con la gente de la antecámara, se lanzó como un torbellino en medio de los convidados, que se vieron obligados á hacerle sitio, y corrió hasta llegar junto á la mesa del salón.

Un grito de desaprobación resonó al aspecto de aquel artesano pobremente vestido, con el sombrero puesto, que turbaba con tanta audacia tan augusta ceremonia.

—¡Insolente!... ¡Temerario!... exclamó el conde. ¡Que lo echen fuera! ¡Que lo maten á palos!

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué quiere? preguntó la marquesa, vivamente conmovida con tan raro incidente que no tenía, quizá, ejemplo.

Los señores mas próximos á él dieron un paso para sujetarle; pero él, arrojando su sombrero y enderezando con arrogancia la cabeza, puso con imperioso ademán una mano sobre el documento preparado, y extendiendo la otra exclamó con acento seguro:

—¡Nadie me toque!

Y tal era el poder de su mirada, la energía de su voz, que todos se contuvieron.

—¡Vicente Cousin!... exclamó la marquesa, conociendo á su rentero. Desgraciado, ¿habeis perdido la razón?... ¿Quién os trae aquí?

—Vuestro honor y vuestra felicidad, señora; mi honor y mi reposo...

—Ese desgraciado está loco... prosiguió el conde, resuelto á poner fin á semejante escándalo, ¡que se lo lleven!

—Es cierto, añadió el notario, yo también le conozco; el señor conde tiene razón, es un pobre loco.

—Ahora lo veremos, señor guardanotas, replicó Vicente, echándole una mirada terrible. Eso es lo que la señora marquesa y esta noble asamblea van á decidir, señor conde... añadió con una sonrisa amenazadora que hizo temblar al coronel.

—Pero en fin, ¿qué venís á hacer aquí? repitió la marquesa.

—Vengo á impedir que el señor conde cometa un perjurio... Vengo á ver si ese contrato,—y sus dedos desgarraban el papel que estaba sobre la mesa,—está conforme con el que ha extendido el señor Quesnel hace tres meses en Ivry, para el casamiento del señor conde con mi hermana.

Un grito de sorpresa resonó en todo el salón.

El conde quiso lanzarse sobre su enemigo para ahogar á toda costa su voz; pero la marquesa, pálida como la muerte, estendió gravemente su brazo entre ambos:

—Dejad hablar á ese hombre, señor conde.

La asamblea, estremeciéndose como en presencia de un drama terrible, seguía cada palabra, cada ademán de los actores.

—Este hombre es un malvado, un infame calumniador... gritó el conde. Hablad, señor Quesnel, hablad vos...

—Silencio, funcionario indigno, interrumpió el artesano, deteniendo la mentira que iba á pronunciar el notario. Lo que yo digo, lo pruebo...

—¿Y ese contrato?

—Ese contrato... hélo aquí.

Y Vicente echó sobre la mesa un rollo de papel, que hasta entonces había ocultado en su pecho.

Quesnel hizo ademán de cogerlo, pero la marquesa, con el mismo gesto imponente y digno que había reprimido la violencia del conde, se lo quitó de las manos, lo desarrolló fríamente y principió á leerlo.

—¡Ladron!... dijo sordamente el notario.

—¡Ladron, porque no he tenido confianza en un incendiario, contestó Vicente... ladron, porque he empleado los medios que me proporcionó mi oficio para arrancaros un documento del que dependía el honor de mi hermana y el mío!...

—Este papel está en regla; el señor Vicente tiene razón, dijo la marquesa devolviendo fríamente el escrito al artesano.

Y mirando al coronel con indiferencia y con desprecio, prosiguió:

—No puedo yo ser condesa de Tournil; ese título pertenece legítimamente á Enriqueta Cousin...

Quiso pronunciar algunas palabras mas, pero los esfuerzos que había hecho, la odiosa maquinación de la cual era víctima, no la dejaron hablar; cayó de espaldas entre los brazos del caballero de Vandanne.

Los asistentes, consternados, se apresuraron á retirarse, y cuando el conde recuperó su presencia de espíritu y echó una mirada en derredor suyo, vió que estaba solo en aquel espléndido salón, cuyos cristales, flores y dorados deslumbraban.

Todo estaba en su sitio; los mismos perfumes embalsamaban la atmósfera; los mismos espejos reflejaban las ricas colgaduras, que caían hasta el suelo en magníficos pliegues, y sin embargo, ¡qué cambio para el conde!... Una influencia maldita había desplegado sus alas sobre aquel castillo encantado; aquellas obras del arte y de la naturaleza tenían virtud repulsiva. El ruido de sus pasos en las alfombras contraía sus fibras; vió su imagen en uno de los espejos, y se tuvo á sí mismo tal horror que no quiso conocerse.

De pronto soltó una carcajada ronca y siniestra, que el eco repitió con acento agudo, penetrante, que recordaba los gemidos de los condenados. Tuvo miedo de su voz.

Sobre la mesa yacía el papel que debía haberle hecho dueño de la fortuna y de la hermosura. Lo cogió, y vengándose en aquel objeto inerte, lo hizo mil pedazos.

Luego, arrastrado por esta ejecución, amenazó el cielo con los puños convulsivamente contrahidos, y dirigiéndose hacia la puerta, gritó:

—¡Maldito sea el cielo, y bendito el infierno!... ¡Yo devolveré á toda esa gente el mal que me han hecho!...

XIV.

LA CASITA.

El día declinaba ya, y el ruido se calmaba por grados en la gran ciudad. Era la hora en que París se despierta hoy para las comidas y los espectáculos, pero en que, en aquella época, se retiraba todo el mundo á su casa á cenar en familia y á acostarse temprano.

Levantándose Enriqueta del sillón en que estaba sentada, fué á apartar las cortinas que interceptaban los últimos rayos del crepúsculo. Sus dedos temblaban ligeramente, y de su pecho salió un suspiro profundo.

Se sentía inquieta.

La sala en que se hallaba, ofrecía en pequeño el aspecto de la espléndida morada de un príncipe, del gabinete de la señora mas elegante. Se andaba sobre terciopelo; arañas de oro y de cristal colgaban del techo; cuadros magníficos se reflejaban en los espejos de las paredes. Los mármoles de la chimenea y de las consolas, las esculturas, los trumós, los bronce, formaban una serie de alegorías mitológicas, cuyas graciosas formas sorprendían su candor, y la hubieran alarmado si las hubiese comprendido.

Al conducirla á aquel sitio, la había dicho Dubois que tuviera paciencia, que vendría pronto su madrina; le había advertido que, si se le ofrecía algo, agitara el cordon de la campanilla, porque todos los criados de la casa estaban á su disposición, por mandato del señor de Vandanne.

Algunas horas se habían, sin embargo, pa-

sado, sin que llegara la persona á quien tanto deseaba ver. La jóven principió á extrañar que estuviera tan tranquila aquella casa, y fué mirando con mas atención y sorpresa los muebles que la rodeaban; aquella atmósfera impregnada de suavísimos aromas la trastornaba; tuvo la idea de llamar, como le había indicado su guía; ya tenía cogido el cordon de la campanilla, mas se detuvo al recordar la extraña expresión de las fisonomías que la habían recibido á su llegada.

Había en un principio atribuido aquellas sonrisas burlonas, bajo las que se ocultaba un respeto fingido, al disfraz que llevaba; á medida que el tiempo se pasaba, tomaba esta circunstancia otras proporciones en su imaginación; la inquietud y la agitación de Enriqueta se iba aumentando por momentos. Cuando apartó las cortinas para tener mas claridad, miró, como era natural, hacia fuera por la ventana, y notó con una emoción creciente que la habitación era una especie de pabellón aislado en medio del jardín, rodeado por completo de altos árboles que ocultaban los muros.

La espesura de su ramaje daba una sombra negra que le oprimió el corazón.

Era evidente que no se hallaba en una casa ordinaria; aquella morada aislada y muda no podía ser la habitación de la marquesa de Vauvillers, que pasaba por la señora de mejor gusto y mas elegante de la corte. ¿Le habían, pues, armado un lazo!... ¿Era esto posible?... ¿La había engañado el caballero de Vandanne, tan amable, tan cortés, en quien se había fiado como en su padre?... Mas ¿con qué objeto?...

En medio de tantas conjeturas y de tan extrema agitación, se resolvió por fin á llamar.

Un lacayo, vestido con una librea elegante, apareció inmediatamente, como si hubiera estado esperando la señal detrás de la puerta, y puso sobre una consola un candelabro con bujías.

—¿Se le ofrece algo á la señora? preguntó cortesmente.

En vez de responder, escuchó Enriqueta lo que pasaba fuera. Un coche entraba en el jardín.

—¿Oís? dijo la jóven. Sin duda es mi madrina que viene.

Una leve sonrisa, que no tuvo tiempo de notar, apareció en los labios del lacayo.

—Quizá sea el señor de Vandanne, contestó aquel.

—No importa, conducidme á él... quiero ver...

—Es inútil, me parece que ya sube monseñor.

En efecto, despues de haber dado algunas de las órdenes que tan fácilmente comprendían allí, se dirigió el caballero hacia el misterioso gabinete.

Todo se iluminaba en torno suyo como por magia; un sinnúmero de lacayos salían de los corredores y de las antecámaras; un cocinero preparaba la cena en el comedor, y hasta parecía que una orquesta invisible ejecutaba debajo de las ventanas á la sordina encantadoras melodías, como un murmurio de amor.

Enriqueta se lanzó hacia el caballero, y á una seña de éste se retiró el criado cerrando la puerta.

—¿Sois vos, monseñor?

—Yo mismo, querida mía; no me guardéis rencor por haber tardado tanto; he tenido muchos negocios... Y á fe que estoy rendido...

Y se sentó en un sillón.

—¿Y la señora de Vauvillers?

—¡La marquesa!... ¡Ah!... ya os contaré mas tarde... mortificada por mil contratiempos... por mil compromisos, no ha podido acompañarme. Presumiendo yo que estaríais inquieta he venido solo...

—Cuán bueno sois, monseñor... Pero ¿no ha de volver á casa mi madrina?

—Sentaos ahí, en ese sillón.

—Monseñor...

—Sí... ya volverá... de seguro; mas no puedo deciros precisamente á qué hora... Vamos, apartad esa nube que oscurece vuestra linda

frente... ¿Os incomoda el que haya yo venido á calmaros?... Dadme la mano en señal de reconciliación.

La jóven le tendió la mano temblando, y mirándole de tal modo, que el caballero se conmovió.

—Decidme, monseñor... ¿no me sucederá aquí nada de malo?

—¿Y qué puede sucederte, querida mía?... ¿No estoy yo á tu lado para protegerte?... ¿No soy yo tu amigo?...

—Es verdad, exclamó la jóven cayendo de rodillas y besándole las manos; protegedme, porque lo necesito.

Al contemplarla llorando, temblando, hermosa con su natural hermosura, mas bella aun en medio de sus temores, se olvidó el caballero de levantarla. Se embriagaba con sus miradas, experimentaba un sentimiento extraño, y á pesar suyo no podía seguir con el tono chancero que en un principio habia tomado; no se explicaba el interés que le causaba aquella jóven, pero de seguro las ideas que se le hubieran podido atribuir al verle solo con ella en aquel templo de la galantería, estaban muy lejos de él.

(Se continuará.)

EL COMPROMISO DE CASPE..

(CONTINUACION.)

Y en verdad que no era ocioso el tomar semejantes precauciones, pues que parecían ya cansarse dos de los pretendientes, esperando en balde el fallo de tan grave negocio. Mostrábanse impacientes, como mas poderosos, el conde de Urgel y el infante de Castilla; y fiados en sus fuerzas y recelando mutuamente de su poder, comenzaban ya á prepararse para la resistencia, si se les negaba el pretendido cetro. De esta manera da razon de sus respectivas intrigas y manejos un historiador, cuya imparcialidad es digna de elogio: «Mostró mucho sentimiento el infante de Castilla por la muerte de su buen amigo el arzobispo de Zaragoza, por haber perdido en él un buen valedor, y tomó muy á pechos de vengar su muerte, y quisiera que todos los reinos de la corona entendieran en el castigo de los matadores, y dió quejas al Parlamento de Cataluña porque se procedía en esto con flojedad, hasta amenazar que si no lo tomaban con mas veras, le obligarian á haber él de vengar aquella muerte; y cada dia con este título juntaba

gentes de armas para entrar en Aragon, donde sabia que seria bien venido, porque habia muchos que le valian, y mas los Urreas, que eran parientes del arzobispo y estaban llenos de temor. Y aunque los mas de ellos hasta aquel punto habian estado declarados por Luis de Anjou, hijo del rey de Nápoles, pero vién-



Aquimenes multiflora.

dose apretados de los del bando de Luna, pidieron favor al infante, que les era mas vecino, y él no deseaba otra cosa sino que le llamaran en su favor, porque así tuviera buena escusa y honesta de meter gentes de armas en el reino; y decían los que venían de Castilla, que eran llamados de los parientes del arzobispo para resistir á don Antonio de Luna, de quien publicaban que queria perseguir y acabar los deudos del arzobispo. Esto era cuanto al exterior, pero la intencion principal no era vengar la muerte de aquel prelado, sino resistir al conde de Urgel y demás

competidores, si quisieran de hecho ocupar los reinos y pueblos de la corona; porque cada dia se publicaba que el conde hacia venir gran número de gentes extrañas, y que trataba de enviar á Gispert de Guillaniu, caballero de su casa, á Francia, para tratar con Fortun de Luziers, capitán francés, que entrara en Cataluña con 300 caballeros, 100 pillarts y 40 ballesteros y bagajes, y mas, si mas pudieran venir; aunque su partida no fue hasta 9 de setiembre de este año. Decíase tambien que don Antonio de Luna habia de entrar con mas de 1,000 caballos de Gascuña, para perseguir todo lo posible á los amigos y parientes del arzobispo; y era cierto que si don Antonio, despues de muerto el arzobispo, se metiera dentro de la ciudad de Zaragoza, se quedara con ella; y érale fácil, segun la turbación que entonces habia en ella; pero como su intencion y obras no eran con fin de buscar el servicio de Dios, mas arrojado y temerario, siempre le faltó el consejo, y mas cuando mas lo habia menester.»

Parecia, pues, que mientras el infante de Castilla reunia soldados en la frontera, dando acostamiento y haciendo presentes á los nobles aragoneses; mientras atendía al castigo de don Juan de Luna, atrayendo á su partido la parcialidad de los Urreas, procuraba impedir con las armas que el conde de Urgel y el rey Luis de Francia se apoderasen por fuerza del reino, como sin duda lo intentaban, con público menoscabo de la justicia. Pero no ignoraba el Parlamento catalan que, bajo este color y alarde de equidad, ocultaba don Fernando sus verdaderas intenciones, preparándose para cualquiera evento poco favorable á su causa; y celoso, como siempre, de la independencia y libertad suya y de las dos Asambleas, sus hermanas, no vaciló en tomar la iniciativa en tan grave asunto, enviando al rey de Castilla y al infante de Antequera por embajador á Ramon Zaval, suplicándoles y aun requiriéndoles, que mandasen salir la gente de armas que de Castilla habia entrado en Aragon, protestando, que el principado proveeria en aquello, si no se remediase. Evasiva fue la respuesta del infante, al propio tiempo que varias compañías de gentes armadas pasaban la raya de Aragon bajo los pendones de Castilla, poniendo á los pueblos en la dura alternativa de abrirles las puertas, ó de arrostrar la ira del pretendiente castellano.

No pudo el conde de Urgel mirar impasible cómo se paseaban por Aragon las banderas de su competidor don Fernando; é instigado por



CODERCA

Castillo de Monjuich, en Barcelona.

el espíritu belicoso de su madre, la condesa doña Margarita, su principal consejera, y que mas ambicionaba el cetro, comenzó á prepararse para la guerra, que ya un año antes debió empezar, á seguir en todas sus instigaciones, en vez de perder el tiempo en contemplaciones y estériles demandas, segun la misma condesa le advertia. Mas no bien habian pisado las compañías castellanas el territorio aragonés, cuando don Antonio de Luna, á quien la conocida ojeriza del infante hacia diligente, salió á campaña con los suyos, metiéndose en

las tierras de Aytona y ocupando los lugares vecinos de Serós, Mequinenza, Saydí, y otros de su sobrino don Guillen Ramon de Moncada, donde podia fácilmente engrosar sus huestes, dando favor al conde don Fadrique. Temió la ciudad de Lérida, puesta entre el reino de Aragon y el condado de Urgel, ser teatro de la guerra, que parecia pronta á estallar entre los dos poderosos é impacientes rivales; y para precaver todo golpe de mano, solicitó del Parlamento de Cataluña la reparacion de su castillo y muros, pidiéndole asimismo los medios

de guardarse y defenderse. No pudo por entonces ser socorrida la ciudad de manera alguna; pero aquietados con la presencia de Guerao Alamany de Cervelló los bandos de los Comes y Sansons de Navés que habian turbado la tranquilidad de los leridanos durante algun tiempo, encargáronse sus mismos paheres y vecinos de custodiar la ciudad y de mantenerla devota al Parlamento.

Instaban entre tanto al de Urgel su madre y sus principales deudos para que depuestos ya los miramientos hasta allí guardados al parla-



Asalto de Tarragona.

mento catalan, y valiéndose de sus adictos naturales y de los extranjeros que debian venir de Gascuña y otras partes de Francia en su auxilio, tomase las armas, y reuniéndose con don Antonio de Luna, acometiera alguna empresa de bulto antes que don Fernando se hiciese mas poderoso, y llegase á ocupar varias ciudades de Aragon, en donde mantenía inteligencias. Asegurábanle que semejaba cobardía su comportamiento, tímido en demasía é irresoluto, y que si al fallecer su tio don Martin se hubiera apoderado del cetro, rey seria ya con universal aplauso de los pueblos y con toda justicia; no habiendo llegado el caso para él vergonzoso de que públicamente se discutieran y aun se pusiesen en duda sus irrecusables derechos. Aconsejábanle por último los mas que tomara nombre y título de rey, que desplegara estandartes y usase insignias regias; pero mascarados otros, dábanle á entender que bastaria por de pronto tomar las armas como gobernador general de Aragon, para que una vez puesto en campaña, pudiesen los pueblos seguir sus banderas, y que, viéndole poderoso, tenian por seguro que le adjudicarian la corona. Pero pudiendo mas en su ánimo el indiscreto parecer de los primeros, hizo el conde con tal publicidad sus vestiduras, insignias y banderas rea-

les, « que luego fué notorio á toda la corona, » y mas al infante don Fernando, que todas las cosas, por mínimas que fuesen, observaba, y se alteró mucho y mandó al doctor Juan Conzalez de Acevedo, que residia en Cataluña, que se quejase al parlamento que tal sufriera, sin impedirlo, y considerar el daño que de tales prevenciones podian seguirse, en notable descrédito de la justicia y de aquella congregacion. » Hé aquí en qué términos presentó el embajador Acevedo las quejas del príncipe castellano:

« Muyt reverendos, nobles é honorables señores: á las vuestras reverencias certifico que mi señor el infante D. Ferrando, nieto del muy noble rey D. Pedro de Aragon, que Dios aya, es notificado por personas fidedignas en cómo el Comte de Urgel ha fecho é façe cada dia algunos preparatorios muy scandalosos, ayuntando gentes de armas assí de fuera del regno como de la tierra é faciéndole banderas é otras insignias reales para cavalgar poderosamente por estos regnos de la señoría de Aragon, é usar de los officios de vizrey é de gobernador general; lo qual, segunt vuestras reverencias saben mejor de mí, es contra derecho é contra razon por estas razones: Primeramente por quanto se pode

dezir que los dichos officios son extinctos é aspirados en persona del dicho conde por spiracion del señor Rey D. Martin que Dios aya, de la persona del qual el dicho conde afirma que emanaron los dichos officios ó se cansaron en él. Otrosí por quanto segunt fuero del regno de Aragon de quanta quier preheminiencia sea no puede haber los dichos officios ni usar dellos, salvo aquel que fuese fijo primogénito del Rey de Aragon: é si otra persona de cualquier estado sea quisiere atentar de usar de dichos officios, los del regno le pueden fazer resistencia é contraste sin pena alguna. Otrosí por quanto el dicho conde es uno de los competidores, que se pretenden aver derecho á la sucession destos regnos, é la demanda segunt es notorio, la qual cosa es incompatible con los dichos officios, ca usando dellos en dicho conde, traería á su opinion las universalidades é gentes de los dichos regnos oprimiéndoles con poder de los dichos officios, lo qual seria muy gran perjuicio é por aventura danno irreparable á los otros competidores ó causa de muy grandes peligros é danos de los dichos regnos é de los naturales dellos. » Por ende á las vuestras reverencias requiero dar parte del dicho señor infante con quanta instancia puedo, que postpuesta toda la tar-

«danza vos plega proveher en tal caso, é des-
«viar en el dicho perjuizio é peligros é danos,
«los quales pueden ser dichos eminentes, con-
«siderado el estado de los dichos regnos é las
«personas de los dichos competidores; non con-
«sintiendo ni dado lugar al dicho conde para
«que use de los dichos oficios nin faga los di-
«chos scándalos é movimientos, como esto sea
«cosa justa é razonable é reposo é tranquilidad
«de los dichos regnos á de los naturales dellos
«é desviamiento de los dichos peligros é dan-
«nos eminentes: en lo qual yo non dubdo que
«las vuestras sabidurias é prudencias provehe-
«rán muy notablemente á conservacion de la
«paz de los dichos regnos é de los naturales de-
«llos é á buen spachamiento de la justicia de la
«dicha successión, acatando la vuestra gran fa-
«ma é renombre que corre por todo el mundo
«de gran fortaleza, prudencia, temperancia,
«constancia justicia, lealtad, é otras muchas
«virtudes que todos tiempos se fallaron en vos
«é en vuestros progenitores. Ca vos certifico
«que si en ello non provehades, lo qual yo non
«creo, que mi senyor el Infante por conserva-
«cion del bien publico de los dichos regnos, en
«los quales él ha muy gran naturaleza, esso
«mesmo por conservacion de su justicia hy
«proveherá de derecho é de fecho, en tal ma-
«nera que á aquellas quier gentes que sean fa-
«cedores é promovedores de los dichos scán-
«dalos ó movimientos, sea puesto contraste é
«resistencia como se pertenesce: lo qual Dios
«sabe será á el muy desplazente por muchas
«razones, que las vuestras reverencias mejor
«de mí pueden entender.»

Pero el conde de Urgel, una vez tomado cualquier partido, no era hombre que se de-
se intimidar fácilmente, y admirado, por el contrario, del atrevimiento del castellano que osaba intervenir en los negocios políticos del reino de Aragon, *de derecho y de hecho*, segun él decia, envió al parlamento de Tortosa á mi-
cer Pedro Ferrer; de su consejo, quien ase-
guró, que el conde, su señor observaba en *pro-
seguir su justicia* toda la modestia y cortesía que eran menester y que rogaba al propio tiempo se impidiese la entrada de los castellanos, dejando libre la declaracion de la justicia, sin violencia ni tiranía alguna. Mal se avenia este lenguaje, sin embargo, con el hecho ya divulgado de haber alzado en su nombre los pendones reales; pero no trascurrieron muchos dias sin que recibiera el parlamento otro mensaje del mismo don Jaime, alegando de nuevo su derecho á la sucesion de la corona, que esperaba colocar en sus sienes por rigurosa justicia, y añadiendo en elogio propio que era notoria su templanza y cordura, sometiéndose á la voluntad de aquella asamblea; cuya manifiesta contradiccion subia de punto, cuando erigiéndose en juez quien solo podia aparecer como parte, acusaba al infante de Castilla de publicar sus pretensiones, tildándole de ser engendrado, nacido y educado fuera de los reinos de Aragon, por lo cual daba por resuelto que debian ser aquellas desestimadas como absurdas, inauditas y atentatorias á las antiguas leyes y costumbres del reino.

Retraíanse los del parlamento de contestar á ambos pretendientes, por mas que reclamáran sus enviados respuesta á sus cartas, porque verdaderamente, á pesar de las protestas del conde y del infante, ni don Jaime de Aragon, ni don Fernando de Castilla, obraban en aquellos momentos con la circunspeccion, templanza é imparcialidad que de ellos exigia la conveniencia pública. Y no podia permanecer extraño que los catalanes tardasen en contestar á sus quejas respectivas, pues á cualquier parte á donde se acostaran habia peligros, siendo fácil encender la guerra civil, que con tanto empeño habian esquivado. Meditaron pues, maduramente la respuesta que á uno y á otro competidor debiera darse; y en 18 de noviembre de 1411, contestaron, por último, al conde de Urgel que, pues decia haber obrado hasta entonces de buena fe, siguiendo el camino de la justicia, á cuyo fin aseguraba que se habia abstenido de ejercer el cargo de gobernador

ó lugar teniente de Aragon, tuviese á bien continuar mostrando igual prudencia, con lo cual se llegaria en breve y sin desman alguno al término de todos con tanto ardor apete-
cido. Asegurábanle tambien, que respecto de impedir la entrada y tránsito de las tropas de Castilla, habia ya escrito el parlamento al infante y contaba con que presto se lograria el objeto indicado. Contestóse al par al vencedor de Antequera, manifestándole que el parlamento se opondria á que cualquiera de los pretendientes ostentara insignias reales y aparaciase segido de gente armada, arriesgando sin cordura todos sus derechos; y que deseando tambien ser justo é imparcial con todos y cada uno de los competidores, rogaba al príncipe castellano mandase salir de Aragon sus armas como ya lo habia requerido anteriormente, pues además de dar mal ejemplo turbaban la paz de los Estados de aquella rica corona.

«Estas fueron las respuestas que dió el parlamento á las quejas de los dos competidores» (dice el historiador Monfar), y mandaron á los «escribanos que no diesen copia de las embajadas, sin las respuestas que se habian dado á cada una de ellas. El fruto que nació de aquí fue, que ni el infante sacó la gente que tenia en Aragon, ni el conde osó tomar las armas y juntar gente como habia pensado y le aconsejaban; y confiando de lo que le habia prometido el parlamento de hacer salir la gente del infante, estuvo á la mira por no descomplacer aquella congregacion, de quien él confiaba; y cuando quiso tomar las armas y cobrar con ellas lo que con título de justicia debía serle quitado, se halló solo y desamparado de todos, y del todo perdido; y muchos atribuyeron el buen suceso del infante, no á su justicia, sino al poder y gente de guerra que habia metido en Aragon, que obligó á los jueces á no hacer otra cosa, por escusar las guerras que anunciaba, si aquella sentencia no hubiera salido á su gusto; así que, segun decian, no venció la justicia, sino el poder y las armas.

V.

A medida que adelantaba el tiempo, suscitábanse nuevas dudas sobre la manera de resolver la cuestion vital para el reino de Aragon, declarando cuál de los pretendientes á la corona era el que con mas justicia debiera ceñirla á sus sienes. Y no solo discutian tan espinoso asunto los parlamentos, las juntas en que se reunian los prohombres, y los letrados nacionales y extranjeros, á quienes tenian los pretendientes confiado el exámen de sus respectivos derechos: procuraban tambien ilustrarlo con sus escritos y advertencias hombres distinguidos en la religion y en la toga, todo lo cual contribuia á darle mayor interés é importancia. Manifestaba al parlamento de Tortosa Juan de Monzó, dominicano del reino de Valencia, que dedicado á estudiar tan árdua materia, y no habiendo aun comunicado á nadie el fruto de sus vigilias, estaba dispuesto á hacerlo ante aquella asamblea para su gobierno. Propuso tambien el doctor en decretos, ciudadano de Mallorca, Arnaldo de Mur, unas *conclusiones de filosofia moral y de razon natural*, con ánimo de contribuir el bien público; y no dejaron de imitar este plausible ejemplo otros señalados varones. Mas el pueblo, que no se atiene por lo comun á juntas, discusiones, ni pareceres de letrados, se inclinaba en los tres Estados de Aragon, Cataluña y Valencia al partido de aquel príncipe, que mas habia sabido ganar su afecto. Era la muchedumbre de Cataluña aficionada al conde de Urgel, á quien no faltaban amigos y secuaces en Aragon y Valencia; pero lo mas granado de estos dos reinos se iba declarando en favor del infante don Fernando, mientras Sicilia y Cerdeña pretendian vitorear al jóven don Fadrique. Postergada Mallorca, ó mejor dicho, olvidada del todo por las reuniones políticas de aquellos Estados, protestaba continuamente contra tan injusto comportamiento, digno en verdad de censura

en asambleas populares que parecian tener por norte de sus acuerdos la union, la imparcialidad y la justicia.

No otro era el estado de las cosas, cuando en el parlamento de Aragon comenzó á tener eco la proposicion que hicieron varios de sus miembros para que en vista de las dilaciones y peligros, que acarrearía sin duda la reunion de un parlamento general de los tres reinos, se encomendase la decision del negocio tan debatido á cierto número de personas *conocidas, honradas, sabias y de santa vida*. Fue esta idea tomando cuerpo, no sin contradiccion de algunos que ambicionaban mostrar su saber y elocuencia en el gran Congreso nacional; y halló mayor aplauso entre los mallorquines, que juzgaron llegada la ocasion de intervenir en asunto que tanto les importaba, proponiendo la eleccion de doce personas, tres por Cataluña y por cada uno de los reinos de Mallorca, Aragon y Valencia, las cuales reconocieran y declararían el mejor derecho al solio vacante. El orgullo de los peninsulares, ó tal vez razones que hoy no son fáciles de explicar, fueron parte á desoír la justa pretension de los mallorquines, dando así margen á no pocas enemistades y profundos resentimientos.

Instaban entre tanto los parlamentos de Cataluña y Valencia al de Alcañiz para que mandase este echar de Aragon las tropas castellanas. Escusábanse al principio los aragoneses, diciendo que no habian entrado por su medio, sido llamados por los parientes del malhadado arzobispo de Zaragoza, para reprimir la osadía de los matadores de aquel prelado, añadiendo que con su entrada se habian cortado los males y robos que la gente desalmada cometia; mas, para complacer á ambas congregaciones prometieron al cabo los de Alcañiz hacer retirar las tropas de Castilla. «Y esta promesa, dice un historiador, no fue sin consentimiento del infante, á quien todos los de aquel parlamento deseaban servir y ver rey: el cual les ordenó lo hiciesen así, por estorbar las entradas que habian de hacer algunas gentes de Francia en favor de don Antonio de Luna. Pero pidieron los de Alcañiz dos cosas: la primera, que los que se habian habido en la muerte del arzobispo saliesen de aquel reino y no entrasen en él hasta que fuese hecha la declaracion; la otra era, que por cuanto sabian que don Antonio de Luna hacia venir en su defensa gente de armas de Gascuña, para defenderse de los que le perseguian y querian tomar sus castillos y lugares, hiciese el parlamento que cesase de hacer venir tales gentes; pues sabiendo la de Castilla de Aragon, no habria de haberse de guardar de nadie ni de quien temer. Y de esta manera el infante, por medio de los de Alcañiz, y el conde por medio del parlamento, procuraban impedir el uno al otro que no hiciesen juntas de gentes de armas; y solo habia esta diferencia, que los del infante ya eran entrados en Cataluña, y los del conde, que venian en nombre de don Antonio de Luna, habian de entrar; y todos llevaban color y motivo, los del infante, de defenderse de los enemigos del arzobispo, y los del conde, de defenderse de los amigos y deudos de este prelado.»

Dos hechos que no pueden pasarse en silencio, vinieron á publicar al propio tiempo los diferentes medios y ocultos manejos empleados por ambos competidores. Presentáronse por parte del conde de Urgel al parlamento de Tortosa unas capitulaciones, en las que el infante don Fernando pretendia atraer á su partido, con dádivas y promesas de rentas y elevados cargos al noble Garcí de Sesé y sus hijos, firmes y leales servidores de aquel conde, todo so color de seguir la causa de la justicia: leíanse poco despues en Alcañiz, por un embajador del infante castellano, ciertas cartas interceptadas al de Urgel, que dirigidas al rey Jusef de Granada, hacian patentes los tratos que con este príncipe infiel llevaba, de tiempo atrás el conde, para lograr la corona aragonesa. Súpose por ellas como don Jaime de Aragon traía pláticas y habia firmado confederacion con el mo-

marca granadino, enviándole diversos mensajeros y haciéndole muchos ofrecimientos, por medio de un moro y de un caballero castellano, que se vieron en el castillo de San Boy, cerca de la ciudad de Barcelona. Descubriósetambién que un emisario de aquel rey había ido á Balaguer á ofrecer á don Jaime gente y dinero, y que éste había enviado á Yusef un caballero de su casa para informarle de su justicia y derecho al s6lio vacante de Aragon, rogándole que le enviara lo suficiente para sostener durante seis meses mil bacinets y mil pillarts, y que comenzase de nuevo la guerra contra el infante don Fernando, pues que en 10 de Abril de 1412 finalizaban las treguas entre los reyes de Castilla y Granada. Diferente fue el efecto que la conducta de uno y otro competidor produjo; y si causó algun disgusto en el parlamento de Tortosa el saber que el infante de Castilla obraba ya con esperanzas de soberano, mucho mayor fue el escándalo y la indignacion del congreso de Alcañiz al ver los ilícitos y bastardos medios de que se valia el de Urgel, llevándole su ceguedad y ambicion hasta manchar la fama de sus mayores, atentando contra la seguridad del cristianismo. No se descuidó el infante de Antequera, descubierta ya aquella vergonzosa urdimbre, para traer al rey de Granada á buen camino, alargando las treguas por el espacio de diez y siete meses, á contar desde 1.º de abril, en que las anteriores espiraban; y mientras con tan cuerda conducta ganaba reputacion de entendido político, lograba ver rebajado al desatentado conde en el concepto general, entibiándose no pocos de sus antiguos aficionados, y siendo este el primer golpe y como preludio de los sucesivos reveses, que su escasa fortuna le deparaba.

(Se continuará.)

SERENATA MORISCA.

ESTRIVILLO.

Mujer bella;
pura estrella;
flor delicada de mis amores;
oye, niña,
mi querella;
no con desdenes á mis clamores
pagues, hermosa flor de las flores.

I.

Blanca paloma, luz de mis ojos.
eres divina como las hadas,
vierten aromas tus labios rojos,
al sol brillante causara enojos
el vivo fuego de tus miradas.
Por el mas leve de tus antojos
diera mil vidas sacrificadas
que te rindiera como despojos.

Dulce consuelo del alma mia,
por complacerte, dí ¿qué no haria?

Es tu sonrisa pura,
blando tu aliento,
leve de tu cintura
el movimiento;
suaves narcisos
de tus blondos cabellos
los sueltos rizos.

Angel que adoro;
sol de los soles, ave galana;
por tí derramo profundo lloro.

Eres hermosa,
como el perfume de la mañana,
cual blanca luna y esplendorosa.

ESTRIVILLO.

Mujer bella, etc.

II.

Cuando las sombras velan el cielo
muerta la clara lumbre del dia;
cuando sus rayos á nuestro suelo
el sol derrama, rompiendo el velo
de oscuras nieblas, que lo envolvía,
vierto yo triste, con loco anhelo,
llanto nacido del alma mia.

Por tí, mi bella, por tí es mi duelo.

Tú sola puedes, gacela pura,

dar á mi pecho paz y ventura.
Sin tu amor, es desierto
triste, mi vida,
mar sin amigo puerto;
flor desprendida
del tallo airoso,
que el huracan tronchara
tempestuoso.

Fragante lirio
de blando aroma; luz refulgente
de mi esperanza; crudo martirio
sufre mi alma.
Oye mis ruegos, niña, y clemente
devuelve á un triste la dulce calma.

ESTRIVILLO.

Mujer bella,
pura estrella,
flor delicada de mis amores;
oye, niña,
mi querella;
no con desdenes á mis clamores
pagues, hermosa flor de las flores.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA ROMERIA DE KEVLAAR.

(NOCTURNO).

I.

La madre está á la ventana; el hijo está en la cama.

—«¿No quieres levantarte, Guillermo, á ver la procesion?»

—«Estoy tan enfermo, madre mia, que ni veo ni oigo; pienso en mi Margarita ya muerta, y esto me desgarrá el corazon.»

—«Levántate, iremos á Kevlaar; coge el libro de oraciones y el rosario; la madre de Dios curará tu enfermo corazon.»

Los pendones flotan en el aire, los cánticos resuenan; la procesion va á Colonia sobre el Rin.

La madre y el hijo siguen á la gente y ambos cantan en coro: «¡Alabada seas, María!»

II.

Nuestra Señora de Kevlaar lleva hoy sus mejores vestidos; hoy tiene mucho que hacer, porque vienen á visitarla muchos enfermos.

Los enfermos le traen como ofrenda miembros de cera, muchos pies y manos de cera.

Y al que le ofrece una mano de cera, se le cura la mano, y al que le ofrece un pie de cera, se le cura el pie.

Muchos fueron á Kevlaar con muletas, que bailan ahora en la cuerda; muchos tocan ahora el violin, que no tenían ni un dedo sano.

La madre cogió una vela de cera, é hizo un corazon.

—«Llévalo á la madre de Dios, y tus dolores se calmarán.»

El hijo cogió suspirando el corazon de cera, lo llevó suspirando á la santa imágen; sus ojos se arrasaron en lágrimas y estas palabras salieron de su corazon:

—«Muy gloriosa María, servidora inmaculada de Dios, reina del cielo, ¡oye mis quejas!»

»Vivia yo con mi madre en la ciudad de Colonia, ciudad que tiene centenares de capillas é iglesias.

»Cerca de nosotros vivía Margarita que hace poco ha muerto; María, te traigo un corazon de cera, cúrame la herida de mi corazon.

»Cúrame mi enfermo corazon y cantaré mañana y tarde con fervor: ¡Alabada seas, María!»

III.

El hijo enfermo y la madre estaban durmiendo en su cuarto; la madre de Dios entró andando muy despacio.

Se inclinó sobre el enfermo, apoyó levemente la mano en su corazon y soniéndose dulcemente desapareció.

La madre lo vió todo en sueños, y vió tambien algo mas; despertó de su letargo, ¡los perros ladraban fuera tan fuerte!

El hijo yacía allí, junto á ella, y estaba

muerto; el rojo resplandor de la mañana iluminaba sus pálidas mejillas.

La madre juntó las manos, sin saber lo que le pasaba, y en voz vaja cantó piadosamente: «¡Alabada seas, María!»

ENRIQUE HEINE.

ASALTO DE TARRAGONA.

Toda en arma la España, y cada vez mas decidida la lucha en 1811 diariamente por su independencia, sin que la sangre vertida en Tárrega, Sigüenza, Figueruela, Medinasidonia, Checa, Lumbier, Fregenal, Priego, Chiclana, Moguer, Fuentes de Oña, Ariza, Cáceres, Sagunto, Tafalla, Turia y en otros infinitos encuentros, bastase á debilitar su entusiasmo contra los franceses. Si lloraron por un momento la rendicion de Tortosa y Badajoz, la pérdida de Olivenza, la malograda sorpresa de Monjuich, las rendiciones de los castillos de Oropesa y Coll de Balaguer, bien pronto recuperó éste último el primer ejército; y el anglo-lusitano, que desde Portugal venia en seguimiento de Masena, tomó igualmente á Olivenza en el mismo año en que se habia perdido. Pero el asalto y toma de Tarragona fue entre todos memorable. Sitiada por los franceses en 1810, hizo la guarnicion una gloriosa defensa con notable pérdida de los enemigos; pero el 29 de junio de 1811 la tomaron estos por asalto, haciendo una horrible matanza en el paisanage.

EL CASTILLO DE MONJUICH EN BARCELONA.

Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besa el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzar las olas embravecidas que se estrellan á mis pies. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra; y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirian que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.—Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros albores de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.—En la oscuridad de la noche me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!—Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo aiosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarán con tanta magestad sus penachos, cual sobre mis soberbios Valuarte el pabellon de Castilla.—El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar; cuántos vivientes hay á largo trecho que se estremecen y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

JAIME BALMES.

LA FELICIDAD.

Esta palabra espresa la idea de una cosa, tras de la cual corremos, sin di tincion de clase, edad ni sexo. La buscamos desde el momento en que nos es dado pensar: entonces, sin embargo, la concebimos de una manera muy diferente, por ejemplo, en la adquisicion de un juguete. Es verdad tambien que apenas habrá dos personas que deseen lo mismo para ser felices; pero el resultado en todos es idéntico.

—Cuando tenga esto ó lo de mas allá, seré feliz; decimos.

Da vueltas la rueda de la fortuna y lo llegamos á conseguir; pero, en el mismo punto de conseguirlo, recordamos una nueva cosa, que nos falta para ser dichosos.



El Vesubio.

Nadie ha dicho que yo sepa:

—Soy completamente feliz.

Y es porque á todos nos sucede lo que á los niños. Adquirido el juguete, se les va la ilusión y con ella los ojos tras de uno que tal vez es mucho mas feo y mas barato.

Esto consiste en una de dos razones.

O el hombre no puede ser feliz teniendo deseos y pasa su vida deseando, ó es que no puede ser feliz ni con ellos ni sin ellos.

Ni una ni otra constituyen una verdad.

En lo que realmente consiste es, en no saber contener la ambición y en pensar mucho en el porvenir.

No es malo pensar en mañana; pero todos los extremos son viciosos.

Un amigo mio dice, que la felicidad es un estado del alma, en que no se observa la pesadez del tiempo.

Esta definición, bastante metafísica y que no puede tomarse en sentido literal, se puede traducir así: á los felices se les pasa el tiempo volando; los felices de este modo vivirían muy poco ó creerían vivir poco y entonces dejarían de serlo.

La parte verdadera de esa definición se demuestra por un medio sencillo.

El que duerme y sueña acontecimientos agradables, despierta y le parece que ha dormido poco.

No será necesario decir lo larga que se hace una noche en que por desgracia nos abrumba

una pesadilla. Pero hay otra definición mas clara, mas real y mas positiva.

Ser feliz es creérselo.

¿No os parece que es cierto lo que acabo de sentar? Y no por esto se diga que es de las verdades de Pero Grullo, porque esas palabras son hijas de la observación.

Nadie duda de que haya hombres y mujeres venturosos.

Se dice muy á menudo.

—Fulano es muy feliz.

Y fulano entre tanto, está renegando de su mala estrella.

La felicidad es la piedra filosofal que buscaban los antiguos.

No es bueno hablar mucho de esta materia.

Concluiré traduciendo un pensamiento de Mme. de Girardin y otro del duque de Lévis—que vienen como de molde.

Desde el principio de los siglos, dice la primera, se nos figura que la felicidad es una gran piedra preciosa que es imposible encontrar y que se busca, aunque sin esperanza. Nada de eso: la felicidad es un mosaico compuesto de mil piedrecillas que separadamente y por sí mismas tienen poco valor, pero que reunidas con arte forman un dibujo gracioso. Sabed conocer con inteligencia las alegrías; asajeras que el cielo os envía y gozareis una existencia agradable. ¿Por qué estar siempre mirando al horizonte cuando hay cosas tan bellas en el jardín que habitamos? ¡Oh, Dios mio!

lo que impide encontrar la felicidad, tal vez sea el buscarla.

«Muchos dichosos se podrían hacer, añade el otro, con la felicidad que se desperdicia en este mundo.»

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

EL VESUBIO.

El monte Vesubio, cuyo corro aislado y humeante forma el mas agradable punto de vista, se eleva á una altura de 4,200 metros. Los escritores antiguos, Diodoro de Sicilia, Vitruvio, Plutarco y Estrabon hablan del Vesubio como es un volcan estinguido despues de muchos siglos. Sin embargo en el año 79 pereció á consecuencia de una terrible erupcion el célebre Plinio y quedaron para siempre sepultadas entre sus ardientes llamas las cercanas poblaciones de Pompeya y Herculano. En el año 472, 512, 1036, 1500, 1631 y otros muchos tuvo este famoso volcan otras terribles erupciones. Desde 1660 hasta 1850 registra su historia nada menos que *cuarenta* erupciones.

Para visitar este peligroso monte se principia la ruta desde Resina ó desde la torre de la Auunciata, cerca de Nápoles, y se toman conductores y caballerías. Vincenzo Gozzolino fue el guia que condujo al Vesubio á Mr. de Humboldt y otros geólogos célebres. Ganan 12 carlinos, y el caballo ó mulo cuesta 4 carlinos. En la hermita de San Salvador suelen hacer alto los viajeros y probar el célebre vino *Lacryma Christi*. La parte mas alta del monte debe subirse á pie, entre cenizas.

LA AQUIMENES MULTI FLORA.

La *aquimenes* es una planta cuyas especies mas conocidas entre nosotros son la de flores largas, de flores grandes y de flores abiertas. Son originarias de Méjico, y crecen por lo general en las selvas de la América equinocial mas impenetrables á los rayos del sol donde reina constantemente una temperatura húmeda y calorosa, y se cultivan en nuestras estufas, donde su vegetacion es algo tardía.

A.....

Niña hermosa
cual la rosa
arrancada en el Edem,
yo te adoro,
lirio de oro,
te amo, mi dulce bien.
Si pudiera
te pusiera,
corona pura en tu sien
y de estrellas
las mas bellas
y de jazmines tambien.
Si tu ojos
tan hermosos
me miraran con amor
cesarian
curarian
mis ansias y mi dolor.
A tu lado
con halago
solo podré yo vivir.
Si esperanza
no me alcanza
solo me resta morir.

MANUEL MARIA GUILLEN.

Por todo le no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochnao, calle de Jacometrezo, 63, y en la publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.